

pequeños pueblos, y grande número de monasterios. Se celebraba públicamente el oficio divino, y no impedían el uso de las campanas que hoy tanto desagrada á los musulmanes de Turquía. No llevaban á mal en Córdoba, que era la silla principal del imperio de los infieles, que hubiese una escuela cristiana en donde se enseñaban las ciencias humanas y las divinas con tantos progresos que la dieron mucha celebridad. En una palabra, apenas los inquietaban, con tal que permaneciesen tranquilos y pagasen el tributo. Con esto se habian multiplicado mucho los cristianos, conservando en medio de los árabes su Religion y sus costumbres, su lengua, que era un latin corrompido, y aun sus nombres nacionales. Venian á ser dos pueblos en un todo distintos que vivian en una region sujeta á la misma potencia.

100. Un perverso cristiano que se habia alistado en las banderas del judaismo, lleno de furor contra la Religion que abandonaba, suscitó una cruel persecucion, y para alentar á los perseguidores, les exageró el peligro de permitir así á la mitad de sus vasallos unas observancias y creencias opuestas á las del resto del estado. Persuadidos los árabes por él, pretendieron obligar á los cristianos á hacerse musulmanes ó judíos (1). Renováronse entonces los espectáculos de heroismo que habian dado los mártires en los dias mas felices de la Iglesia. Hombres, mugeres y niños, eclesiásticos y legos, gentes del mundo y religiosos, todas las condiciones y todas las provin-

(1) *Eulog. lib. 1. et 2. memor.*

cias compitieron y emularon en los mas heroicos sacrificios. Entronzóse con la mayor violencia la persecucion por los años 850; y un tal Perfecto, sacerdote que en su juventud habia renegado, reparó este escándalo con un arrojó que le dió una de las primeras coronas. Un dia que le preguntaron los infieles, qué opinaba de Jesucristo y de Mahoma, dijo: „Jesucristo es Dios bendito sobre todas las cosas, y vuestro profeta uno de los apóstatas profetizados en el Evangelio, que precipita á sus secuaces juntamente con él en el eterno abismo.” No bien pronunció estas palabras, cuando le levantaron del suelo en sus brazos con tanta precipitacion, que los que le llevaban parecia que iban por los aires. Habiéndole presentado al cadí, este le condenó á ser degollado; y conduciéndole mas allá del rio Betis en una grande llanura al medio dia de Córdoba, se ejecutó la sentencia al instante en presencia de innumerable multitud atraida de la novedad del espectáculo.

No mostró menos valor un comerciante llamado Juan, aunque lego. Fue la primera víctima de la crueldad entre los de su profesion Isaac, monge de Tabana, á siete millas de Córdoba. Era de una familia distinguida de la capital, y mas generalmente apreciado entre los bárbaros, que ya en su juventud le habian confiado el oficio de secretario público. Opinó éste que en las primeras circunstancias debia procurar ilustrar á los infieles, ya que confiaban tanto de su probidad y de sus luces. Salió de su monasterio despues de tres años de retiro, y corrió á

refutar públicamente la religion de Mahoma en la plaza principal de Córdoba, seguido de Sancho y de otros muchos fieles igualmente intrépidos é instruidos. Confundieron á los musulmanes sin lograr su conversion, y aun sin poder empeñarlos en la controversia; porque la cimitarra, segun las lecciones de su profeta sanguinario, era para ellos de mas precio que las armas del racionio. Cortaron la cabeza á los cristianos, quemaron sus cuerpos, y arrojaron al rio las cenizas. Su intrepidéz sin embargo se comunicó á otros seis fieles; tales fueron Pedro sacerdote, Valabouso diácono, Sabiniano, Vistremundo y Habencio monges, con Jeremías primo del mártir Isaac y anciano venerable, que habia gastado sus cuantiosos bienes en fundar á Távana á donde se habia retirado con su muger y casi toda su familia, porque en aquel monasterio, como en otros muchos de España, habia dos comunidades separadas, una de hombres y otra de mugeres. Sacaron de su celo el mismo fruto que aquellos cuyo egeemplo se le habia inspirado. Grangeó tambien una emulacion igual la misma corona á los diáconos Sisenando y Paulo.

Disputó la generosidad á los hombres mas valientes el sexo delicado de las mugeres, porque muchas llegaron á tal intrepidéz que se entregaban á sí mismas, opinando que no debian sujetarse á las reglas comunes, particularmente en los principios de la persecucion, en los que parecia necesario aminorar el estremo terror que por todas partes ansiaban los tiranos imprimir en los fieles. Distingúense en el grande

número de estas heroínas la vírgen Flora, que por su padre descendia de musulmanes: María, hermana del mártir Valabouso: Liliosa, cuyo padre y madre eran mahometanos, y solo consiguió practicar el cristianismo con una larga serie de los esfuerzos mas penosos: Digna y Columba, religiosas de Távana: Pumpsosa, del monasterio de Peña-Mellar; y Aura del de Cuteclar, nacidas en el pais de Sevilla de una de las familias mas ilustres entre los sarracenos. Natalia ó Sabigota y otra Liliosa con sus maridos Aurelio y Felix, de un estado no menos ilustre, se distinguieron mucho mas por sus virtudes y por el resplándor de su martirio. Son tambien notables dos jóvenes religiosos, Cristóval y Leovigildo, éste del monasterio de San Justo y Pastor en la montaña de Córdoba, el otro de San Martin en el mismo desierto, y antiguo discípulo de San Eulogio; el sacerdote Rodrigo, Anastasio, presbítero y monge, originario de África, y el diácono Jorge, religioso del monasterio de San Sabas en Palestina. Háiale enviado el abad David á buscar limosnas de los cristianos del occidente para su numerosa comunidad, que tenia hasta quinientos monges, y llegando á Córdoba, corrió Jorge á visitar la santa casa de Távana. Hallábase por entonces en este monasterio Natalia, que aun no habia sufrido el martirio; y como la veneraban muchos por la vida angélica que hacia en el estado de matrimonio, dijo Martin abad de Távana á Jorge: venid á recibir la bendicion de Natalia sierva de Dios. Al punto que vió á este estrangero, dijo en tono

que no admita duda de que estaba ilustrada con luces proféticas: nos ha prometido Dios que este religioso será compañero nuestro en el combate. Cúmpliöse esta profecía poco tiempo despues por la confesion que hicieron de su fe unó y otro por su voluntad; lo que es un rasgo muy señalado de inspiración, que nos debe hacer muy circunspectos en nuestros juicios sobre la conducta de todos estos mártires, en quienes reprehenden algunos que se entregasen por su propia voluntad contra las máximas ordinarias de la prudencia cristiana.

101. San Eulogio, presbítero y después obispo de Córdoba, que habia servido y exhortado por largo tiempo á todos estos confesores, y de quienes nos queda la historia de sus martirios, se vió en la necesidad de justificarlos seriamente; aunque sus defensas no prueban todo lo que debian. Se estiende en ellas mucho sobre el estado del desprecio y opresion en que los Mahometanos tenían á los fieles: hace largas descripciones, muchas veces copiadas de lugares comunes segun el gusto de su siglo; y olvida sacar las consecuencias que debian ser su objeto capital. Pero hace percibir su designio, que es manifestar que los sarracenos pretendian dar fin al cristianismo con la interrupcion de sus observancias, y que temiendo muchos cristianos parecerlo, era necesario que los mas virtuosos alentasen el valor de los otros, y confundiesen á los infieles que triunfaban con impiedad del disimulo de los mas cobardes. Al presente, cuando ya la Iglesia ha puesto todos

estos mártires en el número de los Santos, cuya fiesta celebra, no podemos dudar que ha reconocido en su conducta los motivos particulares que la justifican. En quanto á su santo apologista, responde mucho mejor á los que notan tambien que no obraron milagros; y así dice que estas maravillas no eran tan necesarias como en el principio de la Iglesia, ni Dios las egecuta para el bien de los que las obran, y así la santidad de aquellos que no las han obrado no por eso es menor. Consiguio por último este San Eulogio participar de la victoria de aquellos á quienes habia defendido y animado toda su vida.

No decayó un solo instante la intrepidez de estos mártires, por mas que la daban un colorido nada favorable. Los fieles por mas de sesenta años que duró la persecucion conservaron la misma constancia y el mismo ardor. La desgracia de Abderraman II, autor de tan cruel persecucion, que murió repentinamente en una estancia de su palacio á tiempo que disfrutaba la satisfacción de admirar el horroroso espectáculo de una multitud de víctimas sacrificadas á su religion sangrienta, fue un terrible golpe de la divina venganza, aunque nada pudo en el ánimo de Mahomet su hijo y su sucesor, cuyo furor impio sobrepujó al de su padre sin lograr mas ventajas. Necesitaba despoblar enteramente sus estados para reinar en un desierto, si espulsaba ó despojaba de la vida á todos los vasallos cristianos que tenia en su reino. Habíase el mismo Abderraman visto reducido á mandar celebrar un concilio para contener con la autoridad epis-

copal el ardor con que los fieles retaban á la muerte. Los obispos por su parte prohibieron efectivamente, que en adelante se ofreciesen espontáneamente al martirio: mas bien fuese por causa de la obscuridad de un decreto que estaba redactado en el estilo de aquel tiempo y en términos alegóricos y poco inteligibles, ó fuese por la persuasión en que estuvieron los confesores de que los prelados no querían mas que el que pareciese que contentaban al Monarca, cada uno de ellos interpretó este reglamento segun sus propias ideas. Conociendo Mahomet que siempre tenia el martirio para los cristianos el mismo atractivo, mudó su furor sanguinario en un odio sosegado y frio. Empleó todo su estudio en presentarlos despreciables quitándoles los empleos, echándolos de palacio, mandando demoler todas las iglesias que se habian construido despues de la entrada de los árabes en España, y oprimiendo con impuestos á los que adoraban á Jesucristo con el fin de hacerles la vida insoportable. Contentóse con quitar la vida á los fieles mas distinguidos, y sobre todo á los sacerdotes. Se les cortaba prontamente la cabeza sin usar, como los perseguidores idólatras, la barbarie y diversidad de tormentos, porque esto en los primeros siglos de la Iglesia no habia servido para mas que para aumentar los mártires.

102. Los sarracenos de África continuaban por su parte en asolar todas las costas de Italia. Arruinadas las murallas de Centumcelas, y espuesta la ciudad á los perpetuos insultos de estos porfiados enemigos, se

veían los habitantes reducidos á andar como las fieras por los bosques y los montes. Se compadeció el Papa Leon de aquel pueblo infeliz, y fue á donde estaban para establecerles un asilo. Era inagotable su caridad, siempre magnífica, y despues de haber edificado la ciudad Leonina hizo construir á doce millas de Centumcelas en una altura de difícil subida otra nueva ciudad que llamó Leópolis. Con el tiempo cesando el miedo á los bárbaros, se vió que esta habitacion era menos cómoda que la antigua, y se restituyeron los habitantes á Centumcelas, á la que por esto dieron el nombre de Civitavechia, ó ciudad vieja. Murió Leon IV un año despues de la dedicacion de Leópolis, es decir, á 17 de Julio de 855. Apenas se puede concebir, cómo en un pontificado de solos ocho años pudo proveer los gastos para todos los monumentos de su liberalidad. Porque además de los edificios de que hemos hablado, fundó ó restableció un número prodigioso de monasterios; adornó y dotó mayor número de iglesias, sin hablar de sus limosnas ordinarias, y de las sordas profusiones de aquella delicada caridad que á cierta clase de pobres les ahorra hasta la vergüenza de recibir.

103. Le sucedió el sacerdote Benedicto, nacido en Roma, y de una piedad y desinterés confirmado con señales poco sospechosas. Mientras toda la ciudad estaba en rumor y movimiento para la eleccion de este Pontífice, estaba él tranquilamente orando en la iglesia de San Calisto, de la cual era presbítero cardenal. Fuéron corriendo en tropel á darle la no-

tiencia de su elección, se levantó, y sabiendo de lo que se trataba, volvió á arrodillarse diciendo con lágrimas en los ojos á los que con tantas ansias le anunciaban su elevación: „no me saqueis de mi iglesia, porque no soy yo capaz de sostener el peso de una dignidad tan grande.“ No le dieron otra respuesta que llevarle al palacio de Letran, y sentarle en la silla pontifical con demostraciones extraordinarias de alegría, y despues enviaron el decreto de elección á los Emperadores Lotario y á su hijo Luis. *104.* Pero los mismos enviados se dejaron enredar en el cisma á favor de Anastasio, presbítero del título de San Marcelo, anatematizado por el Papa Leon por su obstinación en no querer residir en su iglesia. Tambien los franceses abrazaron por algun tiempo el partido del cismático; pero el afecto inviolable de la mayor parte de los prelados y del pueblo al santo Papa Benedicto los redujo al sentimiento comun, y echaron vergonzosamente á Anastasio del palacio pontifical, y despues de esto fue consagrado Benedicto con aplauso general de todo el mundo el domingo primer dia de Setiembre de 855.

*105.* En el mismo año fue el Emperador Lotario á dar cuenta al Supremo Juez de todas las funestas consecuencias de su ambición y malos procederes para con el mejor de todos los padres. Cuando se vió en aquel terrible momento, se le presentaron los objetos con muy diferente aspecto de lo que le habian parecido durante su vida tumultuaria de enredos y maniobras. Se retiró al monasterio de Prum, se hizo

cortar el cabello, tomó el hábito de monge, y despues repartió sus estados. Ya su hijo mayor Luis tenia la Lombardia y el título de Emperador, y los otros dos hijos Lotario y Carlos que le acompañaban, tuvieron, el uno la Provenza hasta las inmediaciones de León, y el otro el resto de la Francia oriental hasta la embocadura del Rhin y del Mosa, que se llamó el reino de Lorena. Lotario I no vivió mas que seis dias despues de haber tomado el hábito religioso, y murió á 28 de Setiembre de 855. En este corto espacio pareció arrepentirse sinceramente de todo lo que le acusaba su conciencia. ¡Dichoso él si la eficacia de su tardo arrepentimiento pudo compensar la duracion!

*106.* En el pontificado de Benedicto III, Etelulfo, Rey de Ouessex en Inglaterra, hizo el viage á Roma. Le habia educado en la piedad su preceptor San Suithun, cuya memoria honra la Iglesia. En Roma ofreció ricos presentes á San Pedro, y entre otros una corona de oro del peso de cuatro libras, é hizo públicas liberalidades á favor del clero y del pueblo. De vuelta á Inglaterra dió por testamento trescientos marcos de oro anuales á la iglesia romana, ciento para San Pedro, ciento para San Pablo, y ciento para las distribuciones pontificales. En el mismo tiempo hizo celebrar un concilio en Winchester, al que asistieron con los arzobispos de Cantorberi y de York todos los obispos de Inglaterra y una multitud de abades. Siempre estaba la Gran Bretaña dividida en muchos estados, cuyos Soberanos en semejantes oca-

siones concurrían al bien general de la Iglesia; por lo cual Boredo, Rey de Mercia, y Edmundo, Rey de Estangle con muchos señores asistieron á este concilio segun la costumbre que entonces seguian las naciones de occidente. En él se mandó, que en adelante se adjudicase á la Iglesia la décima parte de todas las tierras para reintegrarla de los robos que así en la Inglaterra como en Francia hacian los normandos.

107. Los países bárbaros del Norte parecia que todos los dias parían egércitos enteros, y se reproducian estos enemigos de todo el mundo culto de un dia para otro, por decirlo así; despues de las pérdidas que sin cesar les causaba el odio general (1). En España y en Germania, como en las islas Británicas y en las Galias hizo este terrible azote la pública desolacion por siglos enteros. No bien se habian rechazado los ataques, ó por mejor decir, saciado la codicia de una de sus armadas, quando en el mismo campo se presentaban otras mas numerosas y avarientas; y como no habia ya con qué satisfacer á la codicia de los recién llegados, se vengaban estos con la matanza y los incendios.

Habiendo reconocido en su primera irrupcion en Neustria las riquezas de esta provincia, abordaron algun tiempo despues á Ruan, bajo la conducta de su duque Raignier, y se estendieron por ambas riberas del Sena subiendo hasta San German en Laya, robando lo mas precioso que habia en las casas y en

(1) *Ann. Nort. Bertin. Fuld. &c.*

las iglesias, arrastrando consigo tropas de cautivos, degollando á los demás ó colgándolos de los árboles por todo el camino que llevaban, incendiando infinitos lugares, iglesias y monasterios. Subieron hasta París que con el susto general habia quedado desierta, llevándose los habitadores las reliquias de San German y Santa Genoveva. Tambien querian llevar el cuerpo de San Dionisio, pero el Rey Cárlos hizo punto de honor de defenderle con el monasterio que el Emperador su padre le habia especialmente recomendado. Los normandos, despues de haber saciado su codicia y crueldad, enviaron á proponerle la paz, y para concluirla fue preciso darles todavía siete mil libras de plata. Juraron despues por lo mas sagrado que conocian no volver á los estados del Rey, si este mismo no los llamaba en su socorro.

108. Pero otra armada de estos bárbaros llegó en el mismo año á asolar la Santogne, en donde se establecieron; y al mismo tiempo entró Rorico su Rey en el Elba con seiscientas velas, desembarcó en Hamburgo en el reino de Luis el Germánico, en donde en un dia y dos noches cometieron los bárbaros todos los excesos imaginables. Hicieron tal matanza, y pusieron fuego en tantos parages, que por mucho tiempo no fue este país mas que un triste desierto. Poco despues acometieron á la Frisia, arruinaron las iglesias, é hicieron una horrible carnicería del pueblo que en ellas se habia refugiado. Los obispos y los abades transportaron las reliquias á la abadía de San Omer que estaba bien fortificada. Volvieron los